

La Obra de un Rétor Hispano

M. Fabius Quintilianus es el símbolo de la Retórica, como Cicerón lo es de la elocuencia. Estuvo en posesión y dominó como pocos de sus contemporáneos la técnica o el arte de la Oratoria, cuyos preceptos y doctrina estudia, comenta y formula a lo largo de su extensa obra; y a la vez no careció de las dotes naturales del orador que se perfilan y adiestran con iterativa experiencia, que él puso en práctica en las «acciones» y «causae», donde brilló su hábil *ἔξις* o «habitus dicendi et persuadendi», cuya teoría desarrolla magistralmente en el libro X de su «De Institutione Oratoria».

Cuando en el libro VI, 2, trata de los procedimientos que ha de poner en juego el orador para mover y persuadir a los jueces, y hasta para transfigurar el ánimo de éstos, enseña y propone que el primordial consiste, en que el orador se represente él mismo los sucesos y la situación con tal viveza, que se eche de ver y muestre su propia conmoción no sólo en las palabras, rostro y gestos, sino que haga que su interior se emocione de verdad a la vez. Es la misma exigencia de Horacio en aquellas palabras: «Tunc tua me infortunia laedent»¹. Y añade Quintiliano que él procuraba hasta derramar lágrimas, mudar de color y casi sentirse traspasado por el sentimiento y la excitación:

«Haec dissimulanda mihi non fuerunt, quibus ipse, quantuscumque sum aut fui, nam pervenisse me ad aliquod nomen ingenii credo, frequenter motus sum, ut me non lacrymae solum prehenderent, sed pallor et verissimilis dolor»².

Con ello quiere decirse que en el rétor hispano confluían las dos

¹ HOR., Ep. ad Pis. v. 103.

² *De Institutione Oratoria*, VI, 2. En adelante al citar esta obra de Quintiliano, emplearemos las siglas I. O.

partes, la del «causidicus, advocatus, patronus», que así eran llamados en su época los oradores ³, y la del «rhetor», o sea el profesor de Retórica u Oratoria, práctico y preceptuante, que es el aspecto que aquí nos interesa, al considerar su obra literaria.

§ 1.—Ideas y diseño de «De Institutione Oratoria libri XII»

El hecho de que no nos queden de Quintiliano sus obras menores, ni las auténticas, ni las supositicias, ha contribuído ventajosamente a que toda la atención y aprecio se concentrase sin divergencias comparativas en su extenso y único libro conocido con el título precedente.

De la autenticidad de esta obra nadie duda, pues todos los códices que de ella se conservan, que son en total unos 76, a él se la asignan como autor.

Por ella ocupa un puesto tan eminente en la Literatura Latina y en la Literatura pedagógica, que dentro de la edad argéntea de lo Latino, en la segunda mitad del siglo primero, se alza sin disputa con el cetro del buen gusto y de las leyes retóricas.

En sus 12 libros deja traslucir el autor, como en toda obra, algo personal, algunas de sus cualidades morales, su honradez y acendrado sentido ético, el buen gusto literario, sus hondos sentimientos familiares, su inclinación a la juventud, su experiencia y conocimiento de los problemas psicológicos y pedagógicos; pero, al mismo tiempo, da idea del estado de la Filosofía y de las Letras Romanas en sus varios géneros, cuando empezaba el declive de lo conceptuoso y rebuscado, carentes de savia de personalidad, que intenta él contener con la doctrina y normas propuestas en los preceptos y observaciones de su libro; de ahí el valor literario y pedagógico de muchos de éstos, que conservan siempre una vivencia perenne, como leyes del buen sentido y como principios fundamentales de la enseñanza de la Gramática y de la Retórica, que entonces significaban tanto como la formación intelectual del romano.

Por su extensión y por su carácter enciclopédico, presenta en sí la obra de Quintiliano amplia materia de estudio, ya que sugiere y

³ *Dialogus de Oratoribus*, c. 1.

hasta aborda cuestiones y arduos problemas críticos, históricos, estéticos y filosóficos, literarios y pedagógicos, aparte de los puramente filológicos, que de por sí exigen delicados y pacientes análisis y monografías.

§ 2.—Etiología de la I. O.

El rétor hispano conocía perfectamente el estado de la educación y de la elocuencia en aquel su siglo del Imperio de los Doce Césares, y después de señalar la postración y progresiva declinación, por las que derivaban aquéllas, no se limitó a lamentar sus vicios y causas en la obrita «De causis corruptae eloquentiae»⁴, como lo hicieron Séneca el retórico⁵ y Petronio⁶, que se redujeron simplemente a clamoreo estéril y a llorar sobre sus ruinas. El, en cambio, formado en la elocuencia clásica y entregado a «la lectura de innumerables autores», como dice en la carta al librero Trifón⁷, causidicus y abogado admirado en el Foro, de gran sentido y observación psicológica y con veinte años de experiencia magisterial, estaba en condiciones excepcionales para escribir y recoger en un tratado sistemático los principios estéticos y literarios antiguos de la oratoria clásica, y los métodos y preceptos técnicos que en su mejor época⁸ habían servido para la educación del joven romano, aspirante a defender causas judiciales en público foro, o en la Curia o ante el Princeps, una vez en posesión de los títulos y méritos del perfecto orador. «Oratorem instituimus illum perfectum, qui esse nisi vir bonus non potest»⁹. Tal es la razón intrínseca del rótulo que encabeza la obra, «Institutio Oratoria», que vale tanto como «Educación del orador».

⁴ «Eum librum quem de causis corruptae eloquentiae» (VI, proemio); y a él se refiere en el VIII, 6,76: «eumdem locum plenius in eo libro, quo causas corruptas eloquentiae reddebamus, tractavimus»; Cfr. etiam VIII, 3, 57 y 58; II, 4, 41 y 42; V, 12 y 23.

⁵ Controv. I, praef. 6, ss.

⁶ Satyric. c. 1: «Haec taliaque olim clamabam...».

⁷ Véase más abajo esta carta en su texto latino y traducción.

⁸ Cfr. Dial. Orator., 34; Brutus, 89; I. O., XII, 11, 5.

⁹ I. O., I, Proem.

Con todo, la iniciativa inmediata de la obra no brotó espontáneamente de su autor. En primer lugar le movieron a ello las reiteradas instancias de amigos y discípulos, que le pedían luz y explicaciones, y requerían su opinión autorizada entre la confusión de tanta variedad de ideas en los antiguos acerca de la Oratoria ¹⁰. Fué también motivo el deseo de complacer a su íntimo amigo Marcelo Victorio, «amicissimum nobis», a quien dedica su libro, para contribuir a la educación del hijo de éste, Geta, a la vez que a la de su propio primogénito, Quintiliano de nombre, como su padre ¹¹. Añadióse asimismo otra causa decisiva para continuar con más diligencia la empresa, y fué el honroso encargo del emperador Domiciano de tomar a su cuenta la educación de sus dos sobrinos, empeño que le puso en el trance, no sólo de procurar darles excelente formación, sino de continuar y dar la última mano de la mejor manera posible a la obra donde exponía y plasmaba las prácticas pedagógicas empleadas.

Hay que contar igualmente como ocasión influyente el salir al paso de dos libritos, que bajo su nombre y sin su consentimiento, unos «boni iuvenes, sed nimium amantes me temerario editionis honore vulgaverunt» ¹², y exponer con toda amplitud, claridad y buen estilo «compositiora et quam nos poterimus elaborata» sus ideas retóricas y literarias.

§ 3.—Cronología de la I. O.

Que la escribió después de haber logrado de Domiciano autorización para jubilarse de la enseñanza tras veinte años de ejercicio magisterial, no puede negarse, y todos sus historiadores lo admiten, fundados en las palabras del mismo Quintiliano: «Post impetratam studiis meis quietem, quae per viginti annos erudiendis iuvenibus impenderem, cum a me quidam familiariter postularent, ut aliquid de ratione dicendi componerem...» ¹³.

¹⁰ I. O. I, Proem.

¹¹ I. O. VI, Proem.

¹² I. O., I, Proem.

¹³ I. O., I, Proem. initio.

Respecto a la fecha de redacción de la obra, hoy no es posible fijarla con exactitud, ni tampoco la de su publicación. Solamente con aproximación puede concluirse que, si hacia el 69 empezó la profesión de rétor, y se retiró pasados 20 años de ejercicio, tuvo que ser escrita posteriormente al 88 u 89, y debió estar terminada para el 92 ó 93, pues que consumió en este trabajo, «leyendo innumerables autores» poco más de dos años, como indica en la citada carta a su librero, durante los cuales murió su hijo mayor, al poco de encomendarle Domiciano el magisterio de sus dos sobrinos ¹⁴.

A medida que iba escribiendo los libros, por lo menos los primeros, iba presentándolos al examen de su amigo Marcelo Victorio ¹⁵ y al hijo de éste, Geta. Terminada que fué la obra hacia el 93, como hemos insinuado ¹⁶, difirió algún tiempo el publicarla, para que madurase y hubiera lugar a la lima y corrección, conforme al consejo horaciano ¹⁷.

Pero aun así, obligado por las insistentes urgencias de los estudiosos y del editor Trifón, hubo de entregarla a éste para darla al público antes de lo que quisiera, dejando a su fidelidad y acierto el que saliera íntegra ¹⁸. Esta publicación no pudo ser posterior a la muerte del Emperador Domiciano (Septiembre del 96), pues no cabían tales adulaciones como las que le prodiga el autor, a un proscrito por el Senado, como lo era ya el citado César en tiempo de sus sucesores, Nerva y Trajano.

¹⁴ I. O., VI, Proem.

¹⁵ I. O., IV, Proem.

¹⁶ DODWELL, *Annales Quintilianet*, XXXII, la sitúa el 92-93; HILD, M. F., *Quintiliani Institutionis Oratoriae liber decimus*, París, 1885, XXII, en el 92-95.

¹⁷ HORAC., *Epist. ad Pis.*, 386-388.

¹⁸ Fin de la carta a Trifón: «in manus hominum quam emmendatissimi veniant». Este Trifón debía ser un librero conocido y editor de poetas y literatos Marcial en el epigrama «ad Quinctum» lo nombra: «Exigis, ut donem nostros tibi, Quincte, libellos; Non habeo, sed habet bibliopola Tryphon...» (I, IV, epigr. 72).

§ 4.—Arquitectura de la I. O.

Quintiliano no es un pensador original, ni un filósofo, ni un investigador o definidor literario, pero sí un sistematizador de principios y doctrinas retóricas, gramaticales y literarias, que hacen de su bro una quasi-enciclopedia manual del orador.

El argumento que desarrolla no es nuevo, pues ya había sido tratado en libros y en explicaciones anteriores por otros retóricos y autores; las teorías que interpreta y aplica a su objeto se hallan ya en la doctrina del Gorgias y Fedro de Platón, en la Retórica de Aristóteles, en los Libri rhetorici ad Herennium, en las obras retóricas de Cicerón, y en otros libros que no han llegado a nosotros; pero los ensambla, organiza, ilustra con los mejores ejemplos y sintetiza en un conjunto armonioso y en un cuerpo de doctrina tales, que le dan categoría de código literario del orador, el más completo hasta entonces conocido.

Pero Quintiliano no sólo es gramático y rétor, es sobre todo, pedagogo teorizante y pragmático, que aplica los principios generales de la Retórica y Pedagogía con solidez y perspicacia, prescribiendo reglas útiles para todo orador, tanto para el que maneja causas forenses, como incluso para el orador sagrado dentro del pensamiento cristiano.

El plan de construcción de su obra lo traza desde sus cimientos en el proemio del Libro I, orientado a esta cima: «Oratorem institimus illum perfectum, qui esse nisi vir bonus non potest». El armazón es el siguiente:

Pórtico: Precede la Introducción con la causa principal que le movió a emprender la obra, que anteriormente hemos indicado, y la Dedicatoria a su amigo Marcelo Victorio. En seguida bosqueja él mismo las partes de la obra:

Cimientos: L. I: Los elementos que preceden al oficio del orador, o sea, la enseñanza primaria y gramatical: «ea quae sunt ante officium rhetoris». Preceptos pedagógicos y métodos didácticos por los que debe regirse el niño en casa y en la escuela antes de los estudios de retórica.

Primer Cuerpo: L. II. Los primeros elementos de la Retórica, y

varias cuestiones fundamentales relativas a ella, como su esencia y naturaleza: «Secundo prima apud rhetorem elementa, et quae de ipsa rhetoricae substantia quaerentur, tractabimus.»

Segundo Cuerpo: Libros III, IV, V, VI, VII. Empieza por distinguir las cinco partes de la Retórica: Inventio, dispositio, elocutio, memoria, pronuntiatio. Y en estos cinco libros, del 3 al 7, expone la doctrina de la parte teórica, es decir, de la Inventio y de la Dispositio. «Quinque (libri) deinceps Inventioni, nam et huic Dispositio subiungitur.

Tercer Cuerpo: Libros VIII, IX, X, XI. En estos cuatro libros se contiene la exposición de la parte práctica, mejor dicho, de la ejecución del discurso, de la Elocutio, Memoria y Pronuntiatio. «Quattuor elocutioni in cuius partem memoria ac pronuntiatio veniunt, dabuntur».

Coronamiento: L. XII. Cierra la obra con este libro, donde da provechosas lecciones acerca de la ética del orador, sus conocimientos, del ejercicio de la elocuencia: «Unus accedet (liber) in quo nobis orator ipse informandus est, ut qui mores eius, quae in suscipiendis, discendis, agendis causis ratio, quod eloquentiae genus, quis agendi debeat esse finis, quae post finem studia, quantum nostra valebit infirmitas, disseramus»¹⁹.

§ 5.—Influjo y pervivencia de la I. O.

A) *Durante el Imperio.*

Los libri XII de Institutione Oratoriae de M. F. Quintiliano constituyeron desde su aparición un triunfo literario para su autor, a la par que un éxito editorial para el bibliopola Trifón. Fué sobremanera solicitado por sus contemporáneos, hastiados de las escuelas de los rétores al uso, según se deja entender por la carta al librero y mentada anteriormente, y que en buen romance²⁰ canta así: «M. F. Quintiliano saluda a su caro Trifón: Me

¹⁹ I. O., I, Proem.

²⁰ De la traducción de PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier de las Escuelas Pías, Madrid 1799, 2 vols.

andabas importunando todos los días, para que diese principio a la publicación de mis libros sobre la instrucción del orador, que había dirigido a mi amigo Marcelo. Por lo que a mí toca, no pensaba estar la obra en sazón, habiendo empleado en trabajarla (como eres buen testigo), poco más de dos años; pero embarazado en varias ocupaciones, tiempo que por la mayor parte ha gastado en discurrir sobre esta materia casi infinita, y en la lección de innumerables autores, más que en escribir. Siguiendo por otra parte el precepto de Horacio en su Arte poética, que aconseja no apresuremos la publicación de nuestro trabajo, sino que le tengamos reservado por el discurso de nueve años, dejaba descansar la obra, para que, calmando aquel amor que tenemos a lo que es parto de nuestro entendimiento, la pudiese yo examinar con menos pasión, leyéndola, como si no fuese cosa mía. Pero si es tan deseada su publicación, como me aseguras, salga enhorabuena al público y deseemos que tenga buena ventura, pues confío que por tu cuidado y diligencia llegue a sus manos muy enmendada»²¹.

Que la obra del rétor hispano fué de gran aceptación por el público ilustrado y escolar, lo deja entrever el conocido epigrama de Marcial²²:

Quintiliane, vagas moderator summe inventae,
Gloria Romanae, Quintiliane, togae,

²¹ Texto latino según la edición crítica de Bonnell, Leipzig, 1896:

«M. Fabius Quintilianus Tryphoni suo salutem: Efflagitasti cotidiano convivio, ut libros quod ad Marcellum meum de Institutione oratoria scripseram, iam emittere inciperem. Nam ipse eos nondum opinabar satis maturuisse quibus componendis, ut scis, paulo plus quam biennium tot aliqui negotiis districtus impendi; quod tempus non tam stilo quam inquisitioni institui operis prope infiniti et legendis auctoribus, qui sunt innumerabiles, datum est. Usus deinde Horatii consilio, qui in arte poetica suadet, ne praecipitetur editio «nonumque prematur in annum», dabam iis otium, ut refrigerato inventionis amore, diligentius repetitos tanquam lector perpenderem. Sed si tantopere efflagitantur quam tu affirmas, permittamus vela ventis et oram solventibus bene precemur. Multum autem in tua quoque fide ac diligentia positum est, ut in manus hominum quam emendatissimi veniant».

²² MARCIAL: Epigr., II, 10, 1. Sobre este discutido epigrama cfr. M. DOLC, M. Valerio Marcial, Epigramas selectos, Barcelona, 1945, p. 105.

Vivere quod propere pauper, nec inutilis annis,
Da veniam; properat; vivere nemo satis.

.

Y es muy explicable que, dado el carácter didáctico tan sistemático y pedagógico, y de gusto depurado, preferentemente a los escritores contemporáneos, fuera de muchos apreciado y reclamado, y constituyera como el texto y el manual de las aulas de oratoria, durante los tres o cuatro primeros siglos de nuestra era.

Juvenal y Suetonio que son de su siglo y del siguiente hablan de él como de gran retórico ²³.

En los siglos iv y v sigue sonando el nombre de Quintiliano, y es celebrada la I. O. e imitada en algunos de sus aspectos de forma y estilo. Los mismos autores cristianos lo tienen en cuenta, como S. Hilario, que dividió su obra «De Trinitate» en 12 libros a ejemplo de la de Quintiliano, y aun trató de conformarse a su estilo, si hemos de creer a S. Jerónimo (Epíst. 84, De optimo genere interpretandi): «Hilarius duodecim Quintiliani libros stilo imitatus esse et numero»; y dicen los eruditos, que fuera de la sutileza afectada del rétor hispano, tiene S. Hilario una semejanza de estilo con él ²⁴.

S. Jerónimo, Rufino, Sidonio Apolinar, a él se refieren con elogio ²⁵, si bien Rufino y Sidonio aluden al rétor más con relación a las «Declamationes», que circulaban bajo el nombre de Quintiliano, como cuando califica aquél a varios escritores de esta suerte: «Qua Crispus brevitatem placet, quo pondo Varro, quo genio Plautus, quo flumine Quintilianus, qua pompa Tacitus, numquam sine laude loquendus» ²⁶.

Hay retóricos del siglo iv, como Julius Victor, que compuso una «ars rhetorica», compilando seis autores: Hermágoras, Cicerón, Quintiliano, Aquilio, Marcomano, Taciano. Pero la fuente primordial fué Quintiliano, y tanto lo es, que esta «ars» ha contribuído a

²³ Cfr. Juvenal: Sátiras, lib. II, sátira 7.

²⁴ MIGNE, P. L., t. 10, 22.

²⁵ Cfr. M. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, Munich, 1911-1931, t. I, págs. 46, 63, 486.

²⁶ SIDON. APOL., Panegir. ad Anthemium.

la reconstrucción del texto y a una revalorización más exacta de los Códices de la I. O. ²⁷.

Casiodoro del siglo VI, que lo mismo es retórico, como historiador y teólogo, conoce tanto a Cicerón como a Quintiliano: «Libros (inquit) autem duos Ciceronis de arte rhetorica et Quintiliani duodecim institutionum indicavimus esse iungendos» ²⁸.

B) *Durante los siglos medievales.*

Con el oscurecimiento de la cultura y Letras Latinas, que sobrevino tras las invasiones violentas de los bárbaros, y que llega a su mayor densidad en el siglo VII, cae en olvido Quintiliano, y se apaga su influencia. Es además época en que faltan bastantes documentos, para que podamos explicarnos las lagunas en las referencias de muchos autores. Pero con todo no tanto, que no se conociese a Cicerón y Quintiliano en sus mismas obras.

S. Isidoro, aunque en la parte retórica de sus Etimologías extracta a Casiodoro, no obstante, da a entender que conoce a Cicerón y Quintiliano, pues si bien le asusta su extensión (era época de secos epítomes y escuetos cronicones, y le parecían voluminosos los tratados de aquellos autores latinos), sin embargo, se puede decir que su tratado de Retórica aludido es un breve y seco epítome de Quintiliano ²⁹. Lo comprueban estas palabras del Doctor hispalense:

Haec autem disciplina a Graecis inventa est a Gorgia, Aristotele, Hermagora, et translata in Latinum a Tullio, videlicet et Quintiliano, sed ita copiose, ita varie, ut eam lectori admirari in promptu sit, comprehendere impossibile. Nam membranis retentis, quasi adhaerescit memoriae series dictionis, ac modo repositis recordatio omnis elabitur ³⁰.

²⁷ El *ars rhetorica* de Iulius Victor, fué impreso por primera vez por Angelo Mai en 1823. La mejor edic. es la de Halm en «*Rhetores Latini minores*» Leipzig, 1863.

²⁸ CASIODORO. *De Rhetorica*, t. II, p. 55, edic. Maur.—El conocimiento y juicio que tenían los antiguos de nuestro rétor, pueden verse en los «*Testimonia et elogia*», que adornan las buenas ediciones anteriores a las críticas modernas, como las de Burmann 1720 y 1736, de Capperonier 1725, Gesner 1738, Duesault (Lemaire) 1821-1825, etc.

²⁹ M. PELAYO, *Hist. Ideas Est.*, Santander, 1946, I, p. 310. Cfr. M. PELAYO, *Bibliografía Hispano-latina*, 1950, t. III, p. 180.

³⁰ *Etimol.* lib. II, c. II.

No obstante las tinieblas de estos siglos altomedievales, durante el ciclo cultural carolingio del VIII, IX y X, se copian y transcriben códices, que son fuente de la que derivan los apógrafos de los quintilianeos, que han llegado hasta nosotros. El manual de Julio Victor, antes mentado fue leído en estos tiempos y de él se valió Alcuino ³¹.

Se sabe con certeza ³², que en el siglo VIII corrió una copia en extracto de la I. O., que conocieron algunos filólogos y escritores de la alta Edad Media, y que fué el original de otras copias que poseyeron Giovanni Colonna ³³, Ricardo de Bury, Juan de Montreuil, el llamado Florilegista de 1329 ³⁴, Guillermo Pastrengo ³⁵, Dionigi da S. Sepolcro, Lapo y el Petrarca ³⁶, Domenico di Bandino, Giovanni Dominici, el Panormita ³⁷, y acaso el fragmento de Giovanni Conversino ³⁸.

En el siglo IX no era desconocido para los mozárabes de Córdoba, ni para S. Eulogio, Cicerón, ni Livio, ni Quintiliano. A este respecto escribía Alvaro cordobés al mentado S. Eulogio:

³¹ Cfr. GIOVANNI TRECCANI, *Enciclopedia Italiana di scienze*, Roma, 1938, s. v. Giulio Victor.

³² SABBADINI, *Le scoperte dei codici latini e greci nei secoli XIV e XV*, Florencia, 1905-1914, V, p. 247.

³³ Giovanni Colonna (1265-hasta mediados del s. XIV). Este tuvo un Quintiliano en 8 libros, mutilado, y el «Liber causarum», o sea las *Declamationes*. (SABBADINI, *o. c.*, V, 1914, p. 57).

³⁴ Este humanista en el fol. 11 de su códice habla así: «Quintilianus libro de oratoriis institutionibus: «si studiis scholas prodesse, moribus autem nocere constaret, potior mihi ratio vivendi honeste quam vel optime dicendi videretur». (SABBADINI, *o. c.*, V, p. 95).

³⁵ Guillermo Pastrengo, veronés († 1363), empleó un códice de los mutili, al que faltaba la parte principal del lib. X. Conoció las «*Causae civiles*», o sea, las «*Declamationes*». (Cfr. SABBADINI, *o. c.*, II, p. 13).

³⁶ El Petrarca conoció una *Institutio* mutila, que le regaló Lapo de Castiglionchio el viejo en 1350 (P. de Nohac: *Pétrarque et l'humanisme*, París, 1892, 281). SABBADINI, *o. c.* II, 25 y V, 168.

³⁷ El Panormita (Antonio Beccadelli, de la prim. mitad del s. XV) escribe a Guarino: «...Volumen ingens perinde est atque F. Quintiliani institutiones totumque in octo codicillos diducitur» (R. Sabbadini, en: *Studi italiani di Filol. class.*, VII, 1899, 124). SABBADINI, *o. c.*, II, p. 99.

³⁸ Este fragmento quizá era del lib. X., SABBADINI, *o. c.*, V, 247).

«...Tibi lacteus Livii subditur annis, tibi dulcis cedet illa saecularia lingua Catonis, fervens quoque Demosthenis ingenium et dives Ciceronis olim eloquium floridusque Quintilianus»³⁹.

En este mismo siglo era leído y copiado un Quintiliano mutilado, por Lupus de Ferrières, cuyo interés por la gran obra del rétor se pone bien de manifiesto en la carta que dicho Lupus, abad del monasterio ferrariense, escribió al Papa Benedicto III, rogándole que interpusiera su mediación, para obtener el Oratore de Tulio y los doce libros de Quintiliano, que años antes en vano se había esforzado en lograr escribiendo al Abad de York, Altsig, con el fin de restituírlos a su integridad, conforme a aquellos ejemplares⁴⁰.

Pero ni aun así pudo lograr sus deseos el ilustrado abad, como puede colegirse del hecho, de que la segunda familia de códices quintilianeos, derivada del arquetipo de Ferrières, 'adolece de muchas y graves lagunas'⁴¹.

Todavía en el siglo XII se hacen eco de Quintiliano y aprovechan su obro Wibald de Fiden, Pedro de Blois y Esteban de Rouen, monje del Bec, que la extractó para su uso personal.

Ya en el siglo XIV persiste y adquiere más significación la I. O., pero hay que tener en cuenta que se lee y conoce en un ejemplar

³⁹ ESPAÑA SAGRADA, 11, 297. «Rescriptum Alvari ad Eulogium».

⁴⁰ He aquí el texto latino auténtico de las perícopas de ambas epístolas: «Venerabili Altsigo abbati Lupus monasterii Bethlehemitici siue Ferrariensis in domino saluten... Obnix flagito, ut... Quintiliani Institutionum oratoriarum libros XII per certissimos nuntios mihi ad cellam Sancti Iudosi dirigatis... exscribendos vobisque quam poterit fieri celerium remittendos» (Monumenta Germaniae historica, Epist. VI, p. 62).

«Domino praecellentissimo et omnibus christianis unice singulariterque nerando universali papae Benedicto ultimus abbatum Lupus e monasterio Gallico, quod vocatur Bethlehem siue Ferrariae, praesentem prosperitatem et futuram beatitudinem... Petimus etiam Tullium de Oratore et duodecim libros Institutionum oratoriarum Quintiliani... quorum utriusque auctorum partes habemus, uerum plenitudinem per uos desideramus obtinere» (MGH, Epist. VI, 90 ss.).

⁴¹ Falta en estos códices: Además de la epístola a Trifón y el Proemio, las partes siguientes: I, 1, 1-1, 1, 6; V, 14, 12; VIII, 3, 64; VIII, 6, 17; VIII, 6, 67; IX, 3, 2; X, 1, 107; XI, 1, 71 extr.--XI, 2, 33; XII, 10, 43 hasta el fin del 1-XII (M. NIEDERMANN, M. F. Q., *Institutionis Oratoriae libri primi capita de Grammatica...* Neufchatel, 1947, Praefatio, p. VII).

incompleto, de los mutili, de lo que se lamentaba Petrarca y el Canciller Coluccio Salutato ⁴² y Gasparini de Barzizza. Pero Nicolás de Clémangis, humanista francés, tuvo la fortuna de conocer un Quintiliano íntegro, al parecer, antes de 1397 ⁴³.

C) *Durante la época renacentista.*

Es empero a principios del siglo xv, cuando cobran auge y renacen los valores de nuestro rétor, al descubrirse dos códices de la I. O. íntegros, en 1416 y 1417 por el famoso Poggio Bracciolini, el primero de los cuales ha quedado consagrado como el princeps de los mss. de la obra quintiliana.

Este Poggio, «el descubridor más afortunado que conoció el mundo en el campo literario» ⁴⁴ hallándose en Constanza para asistir al Concilio ecuménico, por su calidad de Secretario apostólico, tuvo algunas facilidades para registrar las colecciones de códices muy cuidadosamente guardados en monasterios de Reichenau, Weingarten, Saint Gall, y la fortuna de encontrar una serie de mss. que contenían obras de los antiguos autores latinos, algunas perdidas y desconocidas hasta entonces, y entre ellas una I. O. de Quin-

⁴² VOIGT, I, 210. Para alguna de estas noticias y citas sigo la orientación del P. GALINDO en «Estudios Latinos. Quintiliano, Prudencio, Lucrecio», Zaragoza.

⁴³ Nicolás de Clémangis (h. 1360-1437), habla de pasajes de Quintiliano en sus Epístolas III, IV, CXV; pero sobre todo, en la V hace alusiones al libro X de la I. O. desde el párrafo 46 del c. 1, siendo así que los códices mutili que hasta entonces se conocían, comienzan desde el párrafo 168. Esta Epístola V, de la que se sacan estas noticias interesantes, va dirigida al cardenal Galeotto di Pietramala, muerto en 1347; por eso antes de aquel año Clémangis poseía un Quintiliano completo. SABBADINI, o. c., II, págs. 84 y 85.

⁴⁴ L. PASTOR, *Historia de los Papas...*, I, Introduc., p. 141. En cambio «en cuanto hombre, fué la más repugnante figura de su tiempo (el citado Poggio) juntando en sí casi todos los vicios del falso renacimiento: su profunda inmoralidad y su malignidad vil, se disputaron en él la primacía. El criterio de Poggio fué más pagano que cristiano .. Veneraba tan ciegamente la Antigüedad pagana, que sin duda alguna hubiera cedido todos los tesoros de la Dogmática, por un nuevo discurso de Cicerón...» (L. PASTOR, *íd.*, *íd.*)

tiliano íntegra con sus doce libros ⁴⁵. El afortunado descubridor da cuenta de su importante hallazgo al ciceronino y preceptista Bautista Guarini en una carta, gozosa y entusiasta, escrita en 1417. A continuación transcribimos en sus propios términos latinos las partes que hacen más el caso, para que al propio tiempo se vea el concepto y juicio que se formaron éste y otros renacentistas del valor de Quintiliano:

⁴⁵ Resumimos a la substancia la historia de este descubrimiento que hizo tanto ruido en el mundo del Humanismo renacentista:

En la segunda excursión literaria en busca de códices, que hizo Poggio en el verano de 1416 con Bartolomé de Montepulciano y Cencio Rustici, encontró en S. Gall la Argonáutica de Valerio Flaco (l. I-IV, 317) y el comentario de Asconio Pedanio a cinco discursos de Cic., seguido de otro comentario anónimo a cuatro Verrinas, mas un *Quintiliano íntegro*, que entonces se poseía mutilado. Fueron llevados los cód. a Constanza y allí transcritos: «...horum quidem omnium librorum, escribe Cencio, exempla habemus», (Querini, *Diatriba praeliminaris ad Epist. F. Barbari IX*).

Poggio copió Quintiliano, Asconio y Valerio. (Cfr. P. Papini Stati *Silvae*, ed. A. Klotz, Lipsiae 1900, XLIX). El apógrafo de Poggio no existe hoy, pero poseemos de él dos copias importantes, el Vatic. Urbin. 327 y el Ambros. B. 153 sup. (R. S. Spogli *Ambrosiani* 350).

Poggio escribió la importante noticia a Niccoli en Florencia, incluyendo en la carta el sumario de Quintiliano (*capita librorum*). Escribió también a Guarino en Venecia, y al bibliófilo Gioavanni Corvini en Milán.

En una cuarta excursión en Julio de 1417 por Francia y Alemania con un amanuense alemán, encontró ocho oraciones de Cic. hasta entonces ignoradas (*Pro Caecina, In Pisonem, Pro Rabirio Postumo, Pro Rabirio perd. reo, Pro Roscio comoedo*, y las tres *De lege agraria*) y un segundo código íntegro de Quintiliano. (Cfr. «*Due quaestioni storico-critiche su Quintiliano*» in *Rivista di Filol.* XX, 309-310). Este ms. no lo transcribió, sino se llevó consigo el arquetipo; escribe pues (*Epist. I, p. 30 de 1429*) a propósito del Plauto de Orsini: «*Liber est illis litteris antiquis corruptis, quales sunt Quintiliani.*» (Con este Quint. halló «*Vita Aristotelis y un Columela*) (SABBADINI, o. c., II, 1905, págs. 77, 78; y 82).

El primer ms. descubierto por Poggio es lo más probablemente el actual *Turicensis* (de Zurich), que quedó en S. Gall hasta el s. XXVIII. El segundo encontrado se lo llevó el descubridor, pero se ha perdido, y de él quedan copias, entre otras el *Laurentianus* 46, 9 de 1418 y el *Monacensis lat.* 23473. (SABBADINI, o. c., V, 1914, págs. 247 y 248). Un tercer Quintiliano íntegro fué hallado por Capra en 1423. (SABBADINI, o. c., II, 1905, pag. 104).

Poggius Guarino Veronensi s. pl. d.

Huius aurem sermonis ornandi atque excolendi cum multi praeclari, ut scis, fuerint Latinae Linguae auctores, tum vel praecipuus atque egregius M. Fabius Quintilianus, qui ita diserte, itaque absolutae summa cum diligentia exequitur ea, quae pertinent ad instituendum perfectissimum oratorem, ut nihil ei vel ad summam doctrinam vel singulare, eloquentiam meo iudicio deesse videatur; quo uno solo, etiamsi Cicero Romanae parens eloquentiae deesset, perfectam consequeremur scientiam recte dicendi. Is vero apud nos antea (Italicos dico) ita laceratus erat, ita circumcisis, culpa, ut opinor, temporum, ut nulla forma, nullus habitus hominis in eo recognosceretur. Tute hominem vidisti hactenus,

...Lacerum crudeliter ora,

Dolendum quippe erat et aegre ferendum, nos tantam in hominis tam eloquentis foeda laceratione iacturam oratoriae facultatis fecisse. Sed quo plus tunc erat doloris molestiae ex eius viri mutilatione, eo magis nunc est congratulandum, cum sit in pristinum habitum ac dignitatem, in antiquam formam atque integram valetudinem nostra diligentia restitutus.

...Ibi (in monast. S. Gall) inter confertissimam librorum copiam, quos longum esset recensere, Quintilianum comperimus, adhuc salvum et incolumem, plenum tamen situ et pulvere squalentem

Reperimus praeterea libros tres primos et dimidiatum quarti C. Valerii Flacci Argonauticon et expositiones, tamquam thema quoddam super octo Ciceronis orationibus Q. Asconii Pediani, eloquentissimi viri de quibus ipse meminit Quintilianus. Haec mea manu transcripsi, et quidem velociter ut ea mitterem ad Leonardum Aretinum, et Nicolaum Florentinum,

Vale, et me, quoniam id mutuo fit, ama. Kalendis Ianuarii Anno Christi MCCCCXVII ⁴⁶.

La gran emoción y entusiasmo que despertó el acontecimiento en la República de las Letras se refleja en la carta que Leonardo Bruni d' Arrezzo dirigió al mismo Poggio ⁴⁷:

«O lucrum ingens! insperatum gaudium!
Ego te, Marce Fabi, quando te integrum aspiciam! et quantus
tu mihi tum eris! quem ego quamvis
«...lacerum crudeliter ora
Ora manusque ambas, populataque tempora raptis
Auribus, et truncas inhonesto vulnere nares», ⁴⁸

⁴⁶ MABILLON, Mus. Ital., I, 20. La traen también Capperonier 1725; Lemaire, t. I, 1825, pags. 1-4, etc.

⁴⁷ Puede verse en Edic. Lemaire, t. I, 1825, pág. 5.

⁴⁸ Alude a Aeneid., VI, 495 ss.

in deliciis habebam. Oro te, Poggi, fac me quam cito huius desiderii compotem, ut, si quid humanitas impendeat, hunc prius viderim, quam e vita discedam. Quintilianus rhetoricae pater et oratoriae magister eiusmodi est, ut quum tu illum diuturno ac ferreo barbarorum carcere liberatum huc miseris, omnes Etruriae populo concurrere gratulatum debeant»⁴⁹.

Tal fervor y entusiasmo por Quintiliano no fué pasajero, ni flor efímera. Desde el alumbramiento de los códices de Poggio, las copias, ediciones, trabajos y colaciones de los manuscritos y apógrafos para aquilatar y enmendar el texto, los comentarios y estudios, las imitaciones, traducciones y lecciones en él basadas, demuestran sobradamente el aprecio y valor extraordinarios que le atribuyeron los humanistas y filólogos renacentistas y posteriores. Lorenzo Valla «era menos admirador de Cicerón que de Quintiliano, y llega a darle la absoluta primacía sobre todos los ingenios: «Quem omnibus sine controversia ingeniis antepono»⁵⁰. Si bien en otra parte le hace compartir tal primacía retórica con el Arpinate: «duo lumina atque oculi cum omnis sapientiae tum vero eloquentiae latinae».

A partir de la «editio princeps» de Campano⁵¹, se registran en el siglo xv como «potiores» seis ediciones⁵², y hasta la de Burmann de 1720, se cuentan 90 ediciones; y en 1935 en el Catálogo del British Museum de Londres se consignaban 166 ediciones.

En las naciones de más acusado humanismo, Italia, Francia, España, se le prefería a Cicerón bajo el aspecto didáctico, siquiera Cicerón le supere en los demás, sobre todo en el filosófico y estilístico. En ese sentido escribía Francisco Campano al Cardenal de Sena: «Falta a la elocuencia lo que no se aprende en los libros de Quintiliano, y allí se acaba el arte de hablar bien donde se halla el último de sus preceptos:

«De quo, si iudicium poscas meum, illud vere videor mihi posse afferre

⁴⁹ Edic. Lemaire, I, 1825, pag. 5.

⁵⁰ M. PELAYO, *Bibliogr. hispano-latina*, t. III, 1950, p. 224.

⁵¹ IOANNES A. CAMPANO, Soma, 1470, Typis Io. Philippi de Lignamine.

⁵² HAIN, *Repertorium bibliographicum*, n. 13646; BRUNET, *Manuel du libraire*, 5.^a edic., IV, 1023; GRAESSE, *Trésor de livres rares et précieux*, v. 527.

deesse eloquentiae, quidquid a Quintiliano non discas, et ibi artem desinere dicendi, ubi ultimum eius fuit praeceptum, quo quid modo dici oportet».

Hace luego un paralelo de nuestro rétor con Tulio en esta forma: «Magnus quidem, mea sententia, Cicero, magnus Quintilianus, sed est in magnis quoque semper aliquid eminens. . . . Cumulata mihi quidem videtur in utroque eloquentiae magnitudo; sed aliter hic in praecipiendo summus est habitus, aliter ille in dicendo longe eminentissimus. Quintilianus, quibus armis pugnandum sit docuit; M. Tullius et ostendit, quomodo vincamus et ipse semper cum victoribus contendit. . . . Quintilianus instruendis aliis aliquando fortasse diligentior

Termina la carta: «Proinde de Quintiliano sic habe, post unam beatissimam et unicam felicitatem M. Tullii, quae fastigii loco suspicienda est omnibus, et tamquam adoranda, hunc unum esse quem praecipuum habere possis in eloquentia duces; quum si adsequeris, quicquid tibi deerit ad cumulum consummationis, id a natura desiderabis, non ab arte deposces. Vale»⁵³.

Puede haber hipérbole y parcialidad del entusiasmo en esos conceptos, pero no es menos cierto que los eruditos más eminentes anteriores a los ciceronianos del siglo XVI, consideraban la I. O. como más útil para la educación y formación del perfecto orador que las mismas obras retóricas de Cicerón. Así lo reconoce el gran humanista no ciceroniano y tan personalista de estilo, Angelo Poliziano:

«Quintilianum vero non nos quidem illum Ciceroni praetulerimus, sed has certe eius oratorias Institutiones rhetoricis Ciceronis libris pleniores uberioresque esse existimamus; nempe quae ab ipsa quasi infantia, atque ipsis incunabulis instituendum orarem susceperint, summamque eius eloquentiae manum imposuerint. . . .

Ergo ut philosophi nostri non quum in primis Aristotelem sequantur statim illud Platoni anteponunt, ita nos quod Quintilianum quam Ciceronem interpretari maluimus, non quidem Ciceronis sacrosanctam illam gloriam detrectavimus, sed ad Ciceronem festinantibus vobis egregie consulimus. Haec igitur et de Quintiliano nostra ratio fuerit»⁵⁴.

⁵³ *Campani Praefatio ad Cardinalem Senensem*. (1470). Edic. Burmann, 1720; edic. Lemaire. VII, 1825, pág. 6-8.

⁵⁴ *Angeli Politiani oratio in M. Fab. Quintilianum* (1498). Edic. Lemaire, t. VII, 1825, págs. 14-21.

Otro testimonio de la preferencia sobre Cic.:

«Ioannes Andreas, episcopus Aleriensis, ad Paulum secundum, Pont. Maximum in Quintiliani recognitionem (1470).

En los siglos que siguen al quattrociento, reconociendo los humanistas y eruditos las excelencias pedagógicas del rétor hispano, lo siguen como maestro de las escuelas.

Nebrija utiliza su doctrina en su «De artis rhetoricae compendiosa coaptatione ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano». (Madrid, 1529).

Luis Vives lo imitó hasta el igual en «Declarationes Syllanae», en el «Paries palmatus» y en otras piezas de fingida oratoria, y en sus obras de carácter ético y moral, queda huella visible de Quintiliano y Cicerón, y en menor grado de Séneca ⁵⁵. En el libro IV del «De tradendis disciplinis» en que desarrolla su plan pedagógico, explica la verdadera idea de la «imitatio», partiendo de aquello de Séneca: «Non est unus, quamvis praecipuus sit, imitandus» y de lo enseñado por Quintiliano: «Sed non qui maxime imitandus, et solus imitandus est» ⁵⁶.

La teoría del estilo e imitación que expone y analiza Quintiliano en el c. II del Libro X, es la que mantuvo en el fondo Erasmo en su «Ciceronianus»; y así tenía que ser, pues el rétor de Calahorra es el primer ciceroniano de toda la escuela, al proponer y seguir en toda su obra como modelo a Tulio. Esa doctrina es la que siguieron por lo común los ciceronianos españoles del Renacimiento, muchos de ellos discípulos de Nebrija, de Pedro Mártir de Anglería o de Lucio Marineo Sículo en Salamanca o en la humanística Alcalá. El primer catedrático de Retórica de ésta, Hernando Alfonso de Herrera, dejó muchos discípulos a quienes educaba en el método quintiliano, según refiere Marineo: «Qui nuper moriens discipulos reliquit quam plurimos, quos more Quintiliani propositis quaestionibus et argumentis declamare diligentissime laboriosissimeque do-

Quintilianum, pater beatissime, Paule Venete, Pontifex Maxime, omnes merito diligunt, nonnulli vero Ciceroni etiam, ingeniorum ac fecundiae fonti illi immortalis, conantur anteferre; qua in assertione. . . . magno se iudice quisque tuetur».

Tu vive in aeternum, pontifex Sanctissime. Anno Domini natalis MCCCCLXX pontificatus vero tui septimo.» Edic. Lemaire, VII, 1825. p. 13, 14.

⁵⁵ M. PELAYO, Bibliogr. hisp.-latina, 1950, III, p. 247.

⁵⁶ I. O., X, 2, 24.

cuit», y Alfonso de Torres, el «Turritanus», después del Brocense escribió sus «Rhetoricae exercitationes» (1569), en la que asimila el método y estilo quintiliano ⁵⁷.

En consecuencia de esa rehabilitación de los valores de Quintiliano, resurgidos y proclamados por los grandes humanistas, vino inspirando a la par con Aristóteles y Cicerón la doctrina literaria y preceptista de los tratados retóricos y manuales de la juventud académica de los siglos XVI y XVII. Sin detenernos, no hacemos más que mencionar la Retórica de Fray Luis de Granada, el «De ratione dicendi», que es un compendio de Tulio y del Calagurritano con declamaciones de escuela para ejercicios de los discípulos del maestro de Alcalá, Alfonso García Matamoros, tan ciceroniano como otros, así como su «De methodo contionandi», en el que pretende aplicar a la oratoria sagrada los preceptos de nuestro retórico. Como estos muchos otros tratados que suelen llevar los títulos de «Ars contionandi», «De Sacris contionibus formandis», «De ratione praedicandi», etc., y que tratan de cristianizar para el templo la retórica judicial y civil del foro romano.

El Brocense mismo dice de una obra suya de su juventud: «De Cicerón, Quintiliano y Aristóteles he extractado cierto método, que con rigor puede llamarse «Ars dicendi...» ⁵⁸.

Con prosa más de colegio que de Renacentista, corrió como libro de texto por todos los de Jesuítas, la Retórica del P. Cipriano Suárez, que está compuesto con las mismas palabras de Aristóteles,

⁵⁷ M. PELAYO, *o. c.*, III, págs. 267, 270.

⁵⁸ M. PELAYO, *o. c.*, II, págs. 192, 193 y 178, respectivamente.

Abunda en esta misma idea de emplear los recursos de la l. O. para la oratoria sagrada Pedro Galland en la carta «Ad Enguilbertum ab Hispania:recte Quintilianus, qui eadem omnia multo latius fusa non scientibus tantum, verum etiam discentibus tradidisse videtur, a doctissimis in hac civitate praeceptoribus iuventuti proponitur, inculcatur, et nutricum more veluti cibus praemansus in os inseritur. Ac ne quis importunus et rerum malus aestimator, clamitet ineptum esse me, qui librum profanum homini ecclesiastico et religioni addicto dedicem, Quintilianum non minus ad bonos mores et virtutem quam ad bene dicendum ingenia formantem, nemini profanum videri oportere dico»..... Vale. Parisiis, nonis octobris (1538). Edic. Lemaire, l. VII, págs. 27-30.

Cicerón y Quintiliano, dispuestos en tres libros en el orden común, con sus más de 20 ediciones durante los siglos XVI, XVII y XVIII ⁵⁹.

D) *Durante los siglos postrenacentistas.*

Pasada la época auténticamente humanista del Renacimiento, ya desde el XVII y aun antes, en la gran literatura de filósofos y tratadistas predominan las especulaciones inspiradas y guiadas por la Retórica y Poética aristotélicas u horacianas, por medio de traducciones y comentarios, tanto en latín como en lengua vulgar, o se crean Poéticas originales acomodadas a las ideas de tales autores.

Prueba de esta tendencia literaria, es que el humanista francés, Marco Antonio Muret, de mitad del s. XVI, se queja de que Quintiliano vaya desapareciendo de las aulas francesas. «Siendo yo muchacho, dice, se explicaban con gran cuidado en las escuelas las Instituciones Oratorias de M. Fabio Quintiliano, diligentísimo y exquisito Preceptor de Retórica; ...Mudóse después de método y despreciados aquellos viejos y venerables árboles de la antigüedad, crecieron sucesivamente los ramos inútiles y la juventud huyendo del trabajo, puso su afición en librillos insulsos y en compendios, que mejor se dirían dispendios de todas las Artes liberales y de todas las partes de la Filosofía. De aquí se ha originado verificarse de todas las cosas, «In peius ruere et retro sublapsa referri». «Ni para estos males hay otro remedio más seguro que... volver a tomar la verdadera y sólida erudición de los antiguos, a quienes sus propios méritos colocaron en la cumbre de la elocuencia. Pedro Burmann exigía que Quintiliano «in nostras et totius litterati orbis (scholas) reducatur» ⁶⁰.

Aun se deja traslucir la influencia de la I. O. en Bossuet, La Bruyère, La Fontaine, Bayle. Mas en el siglo XVIII perdió campo la Retórica como disciplina de estudio literario y humanístico, al sentirse aquel siglo plenamente emancipado de trabas, y dado a la Filosofía y Crítica de toda especie.

⁵⁹ CIPRIANO SUAREZ, S. I.: *De arte rhetorica libri tres ex Aristotele, Cicero-
ne et Quintiliano praecipue deprompti*. Valladolid, 1565.

⁶⁰ Edic. Burmann, 1720, Praef.

Alguna reacción se advierte a fines del siglo XVIII en La Harpe, el Quintiliano francés: «Si quelque chose peut donner un nouveau prix à ce livre immortel, c' est l' époque où il fut composé. C' était celle de l' entière corruption du goût; et ce qu' entreprit Quintilien fait autant d' honneur à son courage qu' à ses talents»⁶¹.

Chateaubriand, que es todavía pensamiento del mismo siglo, se forma de Quintiliano un concepto con la nota de cordura y equilibrio: «La Cyropédie de Xénophon, une partie de la République de Platon. et les premiers livres de ses Lois peuvent être aussi regardés comme de beaux traités plus ou moins propres a former le coeur de la jeunesse. Sénèque et surtout le judicieux Quintilien, placés sur autre théâtre le plus rapproché de nous, ont laissé d' excellentes leçons aux maîtres et aux disciples. Malheureusement, de tant de bons écrits sur l' éducation nous n' avons emprunté que la partie systématique, et précisément celle qui, tenant aux moeurs des anciens, ne peut s' appliquer à nos moeurs»⁶².

Antes que los dos precedentes, Carlos Rollin, rector de la Universidad de París en su «Tratado sobre los estudios», publicado en 1726-28, presentaba en su parte literaria una como paráfrasis de Quintiliano, algo que vendría a ser un «Quintiliano cristianizado»⁶³. Y en 1782 daba su edición de la I. O. para uso de la Universidad de París (si bien suprimiendo muchos fragmentos, que consideró inadecuados a su tiempo y a los alumnos) que le ha dado un nombre ilustre en la Pedagogía y Literatura latina, mientras Gedoyñ obtenía un puesto en la Academia Francesa merced a su traducción de la obra del rétor hispano, destacando ambos que este libro es utilísimo para la formación y costumbres de la juventud.

En España siguieron las retóricas escolares reproduciendo las ideas de la I. O, y de sus clásicos predecesores, y el plan de la del P. Cipriano Suárez, como la del P. Miguel Pérez Campos, S. I., «De arte Rhetorica libri VI, ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano praeceptis deprompti, ad Tironum usus maxime accomodati», y la del

⁶¹ LA HARPE, *Cours de Littérature*, t. 2, l. 2, c. 1 (1799).

⁶² CHATEAUBRIAND, *Oeuvres complètes*, I. p. 185.

⁶³ Cfr. M. PELAYO, *Hist. Ideas Estét.*, III, 1947, p. 31.

P. Agustín Paul de las E. Pías, «Artificiosae orationis sive rhetoriarum Institutionum Epitome... ex Tullio, Quintiliano, Camillo suspensio, aliisque probatis auctoribus collecta»⁶⁴.

Actualmente se recuerda el nombre de Quintiliano y de su obra en los manuales de Literatura latina o en las Historias de la Cultura; y aunque figura este autor en los Cuestionarios oficiales de Bachillerato en España con gran ambición de amplias Humanidades, en realidad ni se conoce, ni se estudia, ni siquiera en los cursos humanísticos de la carrera sacerdotal de una manera directa; sóloamente se percibe algo de sus ideas a través del «Ars dicendi» del Padre Kleutgen. Y no es extraño, porque, efectivamente, supone y exige una fuerte y densa preparación clasicista latina y griega. De ahí que se reduzca casi exclusivamente a tema de cursos monográficos en estudios universitarios.

A juicio de Laurand⁶⁵ tiene modernidad Quintiliano, pues «la mayor parte de los consejos que se dan hoy sobre el arte de componer y escribir, se encuentran en su obra».

Un autor americano, muy práctico, G. Kleiser⁶⁶, que ha publicado un gran número de consejos sobre el arte oratorio, frutos de su propia experiencia, no ha reparado en redactar un sencillo resumen de Quintiliano, como modelo de técnica oratoria.

Concluimos con la convicción de que la I. O. de este ilustre rétor hispano debe leerse en un texto depurado y crítico de las mejores ediciones, y comentarse ampliamente con penetración y discernimiento en cursos de perfeccionamiento o de Facultades Clásicas.

Máxime decimos que tienen importancia por su destacado carácter pedagógico y gramatical el libro I y II (éste hasta el c. 8), y por su gran interés histórico, literario y estilístico el libro X, que

⁶⁴ La del P. Miguel Pérez está editada en Ferrara en 1790 y la trae Latassa en Biblioteca Nueva, t. VI, p. 241. La del P. Agustín Paul lo está en Zaragoza en 1730 y la registra también Latassa en id., V, p. 28.

⁶⁵ LAURAND, *Manuel des Langues classiques...* 1947, IV, p. 105.

⁶⁶ G. KLEISER, *The training of a public speaker*. New York and London. Funk and Wagnall, 1920.

por lo mismo ha sido el más editado por separado, sin que carezca de valores éticos y estéticos el XII.

En conjunto puede afirmarse de toda la obra que enseña a leer con fruto, a escribir y a hablar «arte et facilitate».

Y aun puede añadirse que tiene un valor positivo y una transcendencia ultraescolar para el profesor diligente y para el sabio humanista.

JULIO CAMPOS, SCH. P.